

DESORGANIZACION COMUNAL Y
FAMILIAR DESPUES DE DESASTRES
Patricia A. Bolton

INTRODUCCION

Se supone que el estrés más grave que resisten las víctimas de un desastre natural es consecuencia de haber vivido directamente la destrucción física de vidas y propiedades. Por ejemplo, una persona puede ser arrastrada por un torrente, quedar atrapada en un edificio desplomado ser testigo de la muerte de sus familiares durante una inundación, un terremoto o un huracán. Algunos individuos expuestos directamente a las fuerzas destructivas de la Naturaleza pueden experimentar reacciones emocionales que los dejen inválidos por el traumatismo personal sufrido durante el desastre. Sin embargo, la mayoría de los sobrevivientes afrontan la situación de manera adecuada y pueden adaptarse rápidamente y recuperar su comportamiento normal.

El comportamiento típico después de un desastre se puede dividir en varias fases. (1,2) En las horas y los días que siguen a la catástrofe los sobrevivientes dirigen sus esfuerzos en primer lugar a la seguridad y cuidados médicos de sus parientes; después a las necesidades de emergencias de otras personas, y por último a las necesidades básicas de alojamiento temporal para el núcleo familiar. Tan pronto se puede, los sobrevivientes se dedican a la recuperación de sus hogares y trabajos, y reanudan sus tareas ("papeles") en la familia y la comunidad. Por las pérdidas físicas y materiales y por la necesidad de adaptaciones organizacionales, esta fase de recuperación también puede ser un período de estrés relativamente grande para los integrantes de una comunidad afectada por un desastre natural.

DESORGANIZACION DE LA COMUNIDAD COMO AGENTE ESTRESOR

Después de la fase de emergencia, cada núcleo o unidad familiar se establece en algún tipo de vivienda, aunque sea provisional, y los familiares intentan reanudar sus actividades cotidianas. Según lo permita la situación, los miembros de la familia se ocuparán de sus actividades típicas, como asistir a la escuela, cocinar, ir de compras y distraerse. Sin embargo, las circunstancias en que se desarrollan dichas actividades pueden haber cambiado radicalmente después del desastre. (3) Por ejemplo, quizá falten algunos miembros de la familia o

estén inválidos por sus heridas. Las fuentes de ingresos pueden haberse desmantelado. Posiblemente la familia tenga que afrontar la destrucción o el deterioro de su vivienda y la pérdida de sus bienes, o la necesidad de trasladarse a otra parte del poblado. Puede ser necesario buscar la ayuda de parientes u otras personas, incluso si la familia había sido autosuficiente. Mercados y tiendas, sitios de trabajo y escuelas que eran parte de un entorno conocido y las calles y sendas familiares pueden haber desaparecido entre los escombros.

Los datos de investigación sobre los efectos de los desastres naturales indican que alteran el entorno de la vida cotidiana y que el nuevo medio físico-social en que deben realizarse las actividades diarias constituye una fuente más del estrés. Mientras más tiempo dure tal situación, es más probable que un gran número de personas en la comunidad afectada por el desastre experimente algunos síntomas de tribulación, como angustia, fatiga o pena. Tal aflicción no depende del trauma directo del desastre sino de las frustraciones causadas por las condiciones de vidas penosas e incómodas y por el esfuerzo diario por recuperarse de las pérdidas y restablecer un estilo de existencia similar al que privaba antes de la catástrofe. Además, la tribulación de los sobrevivientes puede agravarse con el paso del tiempo, al frustrarse las esperanzas de ayuda por parte de programas de asistencia que se materializan insuficientemente.

VARIABLES EN EL MARCO PARA LA RECUPERACION

El proceso de recuperación comunitaria es distinto en cada caso de desastre, y el de recuperación familiar es diferente para cada hogar. Al considerar la naturaleza y extensión de los problemas psicosociales que pueden aparecer después de una calamidad específica, es importante considerar los tipos de pérdida y desquiciamiento ocurridos y la magnitud de la afectación de los sectores de la comunidad.

La rapidez de la reorganización y la reconstrucción de una comunidad después de un desastre natural dependerá de los siguientes factores: las condiciones económicas y el nivel de integración social que había antes del desastre; la extensión y la naturaleza de la destrucción y las averías físicas y, por lo tanto, la magnitud del desquiciamiento social; y los recursos (locales, nacionales e internacionales) disponibles para reparar y restablecer los servicios públicos y ayudar en la rehabilitación de negocios y familias. A nivel familiar funcionan factores equivalentes. La rapidez con la que cada

familia se recupera guarda relación con los recursos económicos que tenía antes del desastre, sus integración social, la magnitud de sus acceso a recursos (personales, familiares y organizativos) para recuperar techo y trabajo.(5,6) La reconstrucción lenta a nivel comunitario puede desacelerar más la recuperación de la familia.

EL objetivo de este ensayo es señalar las situaciones que surgen durante el proceso de recuperación, que pueden contribuir al incremento de problemas psicosociales después de un desastre. Tres catástrofe en América Latina que la autora conoce en detalle pueden servir de ejemplo de situaciones y desquiciamientos en la vida de la comunidad ~~pueden en la vida de la comunidad~~ después de una calamidad. Las descripciones intentan ilustrar la forma en que los estreses impuestos a miembros de la comunidad pueden variar de un desastre a otro; con ello, se busca sugerir que también puede variar la extensión y el momento de la intervención psicológica apropiada. El primer ejemplo es el del gran terremoto ocurrido en Managua, Nicaragua, en diciembre de 1972. Dos desastres más recientes en Colombia y Ecuador constituyen ejemplos de índole diferente de tales acaecimientos. La información sobre el terremoto de Managua se obtuvo durante visitas personales para observar las consecuencias socioeconómicas de la destrucción del pueblo de Armero, Colombia, después de la erupción volcánica de 1985, y de los daños causados por temblores y deslizamientos de tierra en el norte de Ecuador, en 1987. Los informes sobre las observaciones de los dos últimos desastres están en fase de publicación por el Concejo Nacional de Investigación de los Estados Unidos.

EL TERREMOTO DE MANAGUA

En 1972, se calculaba que la población de Managua era de 400.000 a 450.000 habitantes. EL gran terremoto y los temblores que le siguieron comenzaron el 23 de diciembre, destruyeron más de la mitad de las viviendas de la ciudad y dañaron gravemente a otro 25 % más. Fallecieron cuando menos 7000 personas; 20,000 quedaron heridas y más de 200.000 ciudadanos quedaron sin hogar. Las 400 manzanas del centro de la ciudad que fueron completamente devastadas incluían la mayor parte de los edificios del gobierno, el mercado principal y una gran cantidad de tiendas y pequeñas empresas, talleres y servicios de la ciudad.

Por el otro lado positivo, casi la mitad de la población conservó su vivienda, la mayor parte del sector industrial sobrevivió y, con relativa rapidez, fue posible restablecer la infraestructura de la región (caminos, agua, alcantarillado y

electricidad). Las estructuras gubernamentales y social quedaron prácticamente intactas, aunque la catástrofe probablemente ahondó la diferencia entre la población más opulenta y la de escasos recursos.

Se hicieron esfuerzos para evacuar la ciudad e instar a las víctimas a permanecer en las ciudades de provincia, pero en menos de un año, el número de habitantes de Managua era igual, si no mayor al que tenía antes del terremoto. Conforme sus medios se lo permitieron, los damnificados que vivían en la parte central de Managua compraron, rentaron o invadieron cuanta propiedad encontraron en los alrededores de lo que eran en centro de la ciudad, y en las nuevas urbanizaciones de las afueras.

Los planes oficiales de reconstrucción se llevaron a cabo con mucha lentitud. Empresarios e individuales tomaron decisiones independientes sobre donde restablecer sus negocios. La ciudad comenzó a crecer desorganizadamente desde el centro, vedado todavía a los asentamientos humanos. Oficinas gubernamentales, tiendas y pequeños centros comerciales se dispersaron desordenadamente por las regiones de la ciudad menos afectadas. Por lo menos durante un año el tránsito fue desviado del centro de la ciudad destruido y durante dos años, por lo menos, a nadie se permitió el acceso a las propiedades que tuvieran en esa área. Para los residentes de la capital, el proceso desorganizado de reconstrucción desquició gravemente su existencia y actividades diarias y la ciudad, y sus propias vidas no se normalizaban con la rapidez necesaria.

El estudio del proceso de recuperación familiar incluyó entrevistas de 490 familias ocho meses después del desastre. De ellas 375 fueron entrevistadas otra vez nueve meses más tarde. El cuadro 1 muestra algunas condiciones familiares y su recuperación después del terremoto de 1972. Tales datos indican la clase y la duración de las alteraciones que persistieron en el estilo de vida de muchas familias, después del terremoto.

Para la fecha de la primera entrevista, 41 % de las familias indicó que, en algún momento después del terremoto, alguno de sus miembros había sufrido "problemas nerviosos", pero que la mayor parte de ellos no había persistido. Sin embargo, al parecer, con el paso del tiempo surgieron problemas nuevos. El porcentaje de las familias que señalaron que cuando menos uno de sus miembros sufrió perturbaciones emocionales fue mayor que el mes de mayo de 1974 que en agosto de 1973 (57 %, en comparación con 26%). Como señala el cuadro 1, incluso año y medio después del terremoto la mayor parte de las familias

afectadas consideraban que la calidad de vida no se había restablecido con 20 de estas familias indicaron que tales problemas dependieron básicamente de la frustración experimentada por muchos damnificados en Managua, ante la imposibilidad de recuperar la calidad de vida que tenían antes del terremoto. Otra fuente de tribulación fueron los intentos de desarrollar las actividades diarias en una ciudad que distaba mucho de estar reconstruida.

Aunque las consecuencias del terremoto persistieron, con base en una escala de impactos de pequeña a gran intensidad, el desastre en Managua tuvo un impacto intermedio en la comunidad en su totalidad. Menos del 2 % de la población pereció, y aproximadamente la mitad de las viviendas y toda la industria importante permanecieron intactas. Se conservó, por lo expuesto, una infraestructura física y económica sobre la cual fue posible restablecer las actividades habituales de la comunidad. Ello no ocurrió con el desastre en Armero, en el cual el impacto en la comunidad fue extraordinariamente grande.

EL DESASTRE DE ARMERO

En noviembre de 1985, la población de Armero fue destruida por un lahar o avalancha producido por una erupción del volcán Nevado del Ruiz. El lahar es una avalancha de agua, fango y otros escombros que resulta del derretimiento del cono de hielo y nieve, por la actividad volcánica. El que sepultó a Armero tenía un espesor de cuatro a cinco metros por lo menos y se desplazaba a una velocidad de 35 kilómetros por hora. Aunque la población había sido advertida con anticipación de la posibilidad del lahar, este cogió por sorpresa a casi todos los 28.000 residentes de Armero. Más del 75 % de las edificaciones de la ciudad fueron destruidas o averiadas gravemente por la fuerza del alud.

Aproximadamente 22.000 habitantes perdieron la vida. Los que vivían cerca de las zonas altas pudieron escapar a sitios más seguros. Los atrapados en el fango y que sobrevivieron, pasaron una noche de terror y agonía. Muchos damnificados relataron haber visto cómo desaparecían en el fango sus parientes, o haber pasado días sin saber si sus familiares estaban vivos o muertos.

Comparado con el desastre de Managua, el cataclismo de Armero produjo un impacto extremo en la estructura de la comunidad, tanto social como físicamente. Casi todas las construcciones del pueblo quedaron cubiertas por el fango, o gravemente dañadas. No hubo duda del peligro que representaba

en su lugar original. En lo tocante al daño de la estructura social, la mayoría de los empresarios, profesionales y funcionarios del gobierno (el sector acomodado de la comunidad), vivía cerca del centro y directamente en el trayecto del lahar. En consecuencia, casi todos los líderes sociales, económicos y políticos de la comunidad murieron. Sin tales elementos básicos para la integración social de la población, era imposible restablecer a breve plazo una comunidad similar, aún en otro lugar.

Sin embargo, hubo unos 5000 a 6000 sobrevivientes que tuvieron que enfrentarse a la necesidad de restablecer una vida normal. Muchos contaban con algunos o con todos sus familiares para empezar de nuevo, pero quedaron totalmente desquiciados otros aspectos de sus vidas. No pudieron restablecer su hogar en un medio conocido, física o socialmente. Perdieron todos sus bienes, y casi todos tuvieron que iniciar un negocio nuevo o encontrar otro empleo.

De los sobrevivientes mencionados, 3000 a 4000 alcanzaron a llegar a otros pueblos y ciudades en los primeros días después del desastre. Con base en datos de otras situaciones de ese tipo, lo más probable fue que estas personas se dirigieran a los sitios donde tenían parientes o amigos, o como otra posibilidad, que acudieran a sitios donde tenían posibilidades de trabajo. Tuvieron que afrontar el hecho de que su vida nunca sería la misma que antes, pero sus esfuerzos para hallar trabajo y hogar quizá fueron más sencillos que los de los damnificados de Managua, porque las comunidades a las que se trasladaron estaban intactas.

Otros 2000 a 3000 sobrevivientes, entre ellos muchos niños, vivieron durante algún tiempo en hospitales, campamentos de damnificados y otras instituciones. Muchos de ellos sufrieron perturbaciones emocionales en las primeras semanas, especialmente los lesionados por el lahar y los que fueron separados de sus familias durante el desastre o cuando fueron evacuados a las instalaciones médicas.(8)

Los sobrevivientes observados en los campamentos de refugio, unos tres meses del desastre, por lo general eran pobres desde antes del cataclismo. El hecho de que permanecieran en los campamentos y otros refugios comunales sugiere que no tenían otros vínculos familiares de apoyo o que su preparación básica para trabajar no era adecuada para facilitar su nuevo establecimiento en otra comunidad.

En los primeros meses en los campamentos las necesidades básicas de los damnificados de Armero fueron satisfechas por

organismos de asistencia internacional, y se estableció un programa para darles una suma de dinero semanalmente. Los mecanismos oficiales establecidos para ejecutar los programas de alojamiento y ayuda a los damnificados se taparon con dificultades financieras y de organización, lo cual agravó la incertidumbre del futuro de las víctimas.

Observaciones de este desastre y otros semejantes sugieren que los damnificados que confían en los programas oficiales de asistencia pueden llegar a un punto en el que se sienta que tales programas no facilitan sino que frenan su recuperación, cuando la ayuda que esperaban no se materializa en el plazo de unos meses. La incertidumbre de situaciones de ese tipo, y la falta de control de la persona sobre sí misma cuando está en una posición de dependencia, probablemente causan tensión en muchos.

Siete meses después del desastre de Armero, se señaló que 56% de las víctimas que vivían en los campamentos de refugiados tenían síntomas de problemas emocionales, (9) según los datos de interrogatorios. Factores significativos en su desquiciamiento emocional fueron la pérdida de la esperanza de recibir la ayuda necesaria, insatisfacción con las circunstancias de alojamiento y problemas de empleo.

Otra característica del desastre de Armero digna de atención fueron las consecuencias económicas observadas en otras comunidades de la región que resintieron poco o nulo daño directo de los lahares. Los efectos de tales avalanchas en la agricultura, la pesca y el turismo de la región ocasionaron un notable deterioro económico en otras comunidades de dicha zona. Las consecuencias de esas situaciones indican que en muchos desastres naturales también es necesario prestar atención al estrés que surge en comunidades vecinas y no solamente a las condiciones que privan en la comunidad directamente afectada por el desastre.

TERREMOTOS Y LOS DESLIZAMIENTOS DE ECUADOR

El último ejemplo, el de Ecuador, es el más complejo de los tres casos. La mayoría de los damnificados se refugió en comunidades que habían quedado intactas después del terremoto, pero la economía nacional fue gravemente afectada. Los recursos locales y nacionales fueron escasos para organizar los trabajos de recuperación después del desastre.

Durante la noche del 5 de marzo de 1987, en el transcurso de tres horas ocurrieron dos grandes terremotos que causaron destrucción en la región de la Sierra, al norte de Quito y en

la porción septentrional de las tierras bajas de Oriente. En la Sierra, la destrucción se limitó más bien a algunos tipos de estructuras, principalmente casas de adobe de campesinos y aldeanos indígenas. A diferencia de lo ocurrido en los desastres de Managua y Armero, el daño causado por los terremotos de Ecuador afectó a muchos pueblos en un área muy amplia.

Se estimó que unas 10.000 casas en la Sierra quedaron dañadas y que ellas, unas 3000 tenían que ser reconstruidas, y las otras necesitaban reparaciones para ser habitables y seguras. No hubo muertos, y la mayor parte de las actividades económicas no quedaron desquiciadas por los daños. Tampoco se resintió la infraestructura de la región, como carreteras, puentes y servicios públicos. Los temblores y las averías fueron amedrentadores para los habitantes, y un porcentaje grande señaló haber dormido fuera de sus casas durante varias semanas después del desastre. La consecuencia más importante para los afectados fue que tuvieron que vivir durante meses en cualquier tipo de vivienda que hallaban, mientras se podían reconstruir viviendas permanentes.

En la región de Oriente, los terremotos causaron deslizamientos y derrumbes que desbordaron los ríos. Ambos fenómenos borraron del mapa a algunos poblados y granjas, y no quedó de ellos superviviente alguno. Las inundaciones también destruyeron más de 60 kilómetros de carreteras y puentes que eran la única ruta terrestre entre la población al norte de la zona del deslizamiento y el resto del país.

Las familias campesinas que trabajaban en las laderas donde ocurrieron los deslizamientos y las inundaciones sufrieron el mayor desquiciamiento en sus vidas. Por el cierre de las carreteras y los peligros del área de deslizamientos, fueron evacuados de la región por un tiempo indeterminado. Unas 2000 a 3000 se fueron, probablemente a vivir con parientes en otros sitios, y unas 1000, se establecieron en campamentos de refugiados en las comunidades al sur de la zona de peligro. Tales damnificados quedaron así separados de sus casas y su fuentes de ingresos, y casi todos vivieron en tiendas muchos meses después del desastre.

Como ocurrió con la región cercana a Armero, hubo áreas donde se produjo muy poco daño físico, pero en las cuales la economía queda afectada. En particular, los habitantes de la porción septentrional de Oriente (70.000) durante muchos meses no pudieron llevar sus productos agrícolas al mercado a causa de la destrucción de los puentes y de la carretera, por los aludes.

Posiblemente la consecuencia más grave de los deslizamientos fue la destrucción de una parte del oleoducto transecuatoriano, que paralizó casi toda la producción de petróleo en Ecuador durante unos seis meses, e hizo que se perdiera más de la mitad de los ingresos por exportación en dicho país. Por los problemas económicos surgidos a nivel nacional, cabría decir que el desastre afectó a todos los ecuatorianos.

Sin datos específicos, la autora podría predecir que el porcentaje mayor de problemas emocionales se observó en familias que afrontaron el más grande desquiciamiento de su "estilo" de vida, en los meses que siguieron al desastre: los refugiados provenientes del área de deslizamiento. Tres factores agravaron esos problemas: la necesidad de vivir apiñados en campamentos, como forasteros, en las comunidades donde se establecieron las tiendas de campaña; la incertidumbre que todavía existía sobre la posibilidad de volver a sus fincas y sembradíos, o si tenían que establecer en otra parte, y el hecho que en la mayoría de las personas eran colonos, que llevaban menos de 10 años en el área y no tenían vínculos familiares o de otro tipo por medio de los cuales pudieran obtener el apoyo necesario.

Las víctimas que carecían de vivienda en la Sierra también se quedaron expuestas a otro estrés, al contar provisionalmente con las viviendas humildes para residir durante muchos meses. Para muchos más, existía gran incertidumbre sobre la fecha en que podrían tener otra vez un hogar permanente, dado que los programas de asistencia para reconstrucción de vivienda marchaban con ritmo variable. Sentir un terremoto intenso era una experiencia nueva para muchos, y agregó una causa nueva de angustia a sus vidas. Las familias en la Sierra con los problemas más graves fueron las que vivían en casas alquiladas que se desplomaron como resultado del terremoto. Así desaparecieron las viviendas apropiadas para su nivel de ingresos y no había programas especiales para reparar o construir casa de alquiler. Muchas de esas familias también vivieron en tiendas de campaña durante varios meses.

Cada desastre plantea nuevas interrogantes y brinda oportunidades para investigación de los factores psicológicos, sociales y económicos que agravan o alivian los problemas emocionales entre los damnificados. Un área importante para la investigación es el efecto de los programas de asistencia después del desastre en el bienestar familiar, los valores de la comunidad y el ritmo de recuperación comunitaria y familiar. Por ejemplo en Ecuador se observaron tres alternativas generales para reconstrucción de viviendas. El algunas

comunidades no se ofreció ayuda alguna, y las familias tuvieron que reparar o reemplazar sus viviendas en la forma que les fue posible. En otras comunidades, grupos de familias trabajaron juntas, como es tradicional en la Sierra, para construir casas con materiales donados por programas de asistencia. En otras comunidades, un programa de auxilio internacional ayudó a construir casas y las entregó a las familias más necesitadas, sin costo alguno. La comparación de la incidencia y la distribución de los programas de vivienda en formas diferentes será de gran interés y utilidad para los profesionales en lo futuro.